

SERMON.

LA HUMILDAD PREPARA EL CAMINO

DEL CIELO.

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Acceperunt ramos palmarum, et processerunt obviam ei.

Salieron á recibirle con ramos de palma.

S. Juan, c. 12. v. 13.

Esos gozosos clamores, esos trasportes de alegría, esos himnos de alabanza, esas coronas de oliva, esos ramos de palma, ¿qué representan? La victoria de la Iglesia sobre la impiedad, la entrada en triunfo de Jesús en Jerusalem, las misericordias del Señor en favor de los tristes pecadores. La Iglesia fortalecida con las promesas y auxilios de su celestial esposo, se ostenta otra vez gozosa y triunfante de sus perseguidores. Con la palma de la victoria en la mano, marcha oprimiendo como siempre con sus divinas plantas la cerviz soberbia de la impiedad. Los corazones fieles laten de santo placer al eco de las dulces canciones de Sion, con que las turbas y los niños de los hebreos completan la entrada triunfal del Salvador del mundo en la ciudad de David, llenando los aires con los alegres tonos y loores que consagraron al Soberano inmortal de los siglos entre las aclamaciones y obsequios que le tributaron en Jerusalem. Abrasada la Esposa de este Rey divino por el celo de su gloria, consolando á sus predilectos hijos, los cristianos católicos, parece que llena de un valor y fortaleza que solo vienen de Dios, desafia en su triunfo á las potestades, al abismo y al

imponente furor de sus perseguidores, clamando con el Profeta rey: *¿por qué bramaron las gentes y los pueblos meditaron cosas vanas?* (1) Rompamos el afrentoso yugo de la impiedad...; pero no, pues el que mora en los cielos, se burlará de ellos, y el Señor los escarnecerá; el momento terrible para los malos, está ya muy cercano: *juxta est dies perditionis, et adesse festinant tempora* (2).

Esta escena es tan singular y misteriosa, y su vista sola produce reflexiones tan importantes para los fieles, que la premura del tiempo no me exime de llamar vuestra atención sobre una solemnidad tan grande. La Iglesia mezcla sus cánticos con los himnos de los hebreos, celebrando el mas humilde, pero el mas glorioso triunfo que vieron las naciones del orbe, puesto que ninguno de sus conquistadores ha podido obtenerlo de los pueblos de su dominación. No, no son los arcos triunfales, ni los carros magníficos tirados por los prisioneros de guerra, los trofeos de esta victoria; todo es aquí modesto y humilde; pero su misma sencillez lleva consigo una majestad y pompa, que admiran las Virtudes, los Tronos y Dominaciones del cielo. Esta misma sencillez nos descubre el principio divino y conservador de las sociedades, que no pueden ménos de caer y hundirse, si no descansan sobre un cimiento tan sólido y duradero como la revelación. Esta misma sencillez ostenta la prueba mas pública y solemne del amor, omnipotencia y sabiduría de Dios. Es cierto que nuestro divino Salvador halló en los hombres en recompensa de su bondad y misericordia, ingratitude y contradicciones; pero sus milagros formaron y eran el testimonio y como la escolta de su divinidad. Los sacerdotes mezclados hoy con los fieles, con las mas dulces efusiones de santa alegría, destilando aquellos de sus labios el panal de miel de la pura doctrina, y preparando estos sus corazones con la fe y la santidad; debemos celebrar el triunfo y engrandecer el poder de Jesús, tomando en nuestras manos la palma de la victoria contra la incredulidad, ó el ramo de oliva, símbolo de paz y de reposo, y diciendo tambien: *Hosanna filio David!* Loor y bendición al Señor que se ostenta lleno de gloria y de poder, enseñándonos el camino de la verdad y de la vida, y libertándonos de la tiranía de Faraon por la destrucción de sus rencorosos enemigos.

(1) *Psalm. 2. v. 1.* (2) *Deut. c. 32. v. 35.*

Mi pensamiento en este discurso es descubrirnos en la procesion de los ramos el camino del cielo, trazado sobre la humildad y mansedumbre del Rey pacífico en su entrada triunfante en Jerusalem, y la importancia de una leccion tan sublime para la santificacion de los hombres. Una empresa tan superior á mis fuerzas exige, católicos, que imploremos del Espíritu santo los auxilios de la divina gracia, por la soberana mediacion de la Virgen nuestra señora, que saludamos con el ángel. *Ave María.*

En tanto que los filósofos y los sabios del siglo no doblen su frente ante la revelacion de las santas Escrituras; en tanto que rehusen el homenaje de su reconocimiento á la Religion de Jesus, en vano se agitan por despejar el oscuro laberinto y enmarañada senda á una ciencia orgullosa y mundana, porque los adelantos, aún en las ciencias naturales, segun el pensamiento de un sabio y piadoso obispo español, marchan al nivel de la docilidad del hombre en someter su inteligencia al imperio del principio divino, que funda la gloria del talento y de la sabiduría en el temor de Dios. Cuando las obras de la naturaleza y del genio no son como una escala, por donde sube el hombre al conocimiento y adoracion del Ser supremo, en vez de ser entónces los instrumentos de su dicha, son un grave obstáculo que le extravía; porque sin el sentimiento consolador de la Religion, no hay galas, no hay hermosura, no obra perfecta en el mundo, ni esperanza de progreso en las obras del arte, del saber y del talento humano. Sobre ella descansa el edificio social, y sin ella es vano el empeño de unir á los hombres en sociedad, por cuanto la libertad, la paz y el orden de los pueblos son imposibles, cuando se levanta el edificio sobre unos elementos anárquicos y disolventes, que solo producen ruínas, estragos, la desolacion y muerte de las naciones; solo en el catolicismo ha tenido cumplimiento esta profecía de Jesucristo: *cuando yo fuere atzado, atraeré á mí todas las cosas por la mision y caridad reciproca de los hombres.*

Y en verdad otra region superior es la patria de las almas, donde la reina de las virtudes les destina una herencia inmortal, adquirida por la sangre de nuestro divino Redentor; y es preciso que sea muy grande la demencia y ceguedad del hombre, para que se le figure este mundo una mansion estable, y para

que la niebla y vapor de sus pasiones no le dejen considerar la vida que se le disipa como una fugaz sombra, cual nave despalmada que surcando las hondas, no deja rastro alguno de su derrota, y que todo pasa rápidamente como la figura de este mundo, que á los ojos del cristiano solo presenta como una gran feria, en que los hombres entran y salen sin cesar un solo instante. Sí, católicos, los hombres en la tierra son unos personajes de teatro; la duracion de la escena un punto en el tiempo, nada en la eternidad; la muerte, esa hija maldita del pecado, sin descanso alguno descarga terribles golpes en su veloz carrera, por todos los confines del orbe: el rico bajo sus dorados techos, el infeliz que yace en la miseria, el guerrero coronado de laureles, el monarca rodeado de una corte brillante, la pajiza choza del pastor, el albergue del miserable, todos sin distincion son objeto de su implacable saña, todo lo aniquila, todo lo iguala su ensangrentada segur. Pero ¿quién será tan dichoso que tema ménos la muerte en el paso de la vida á la eternidad? Aquel cuya peregrinacion está adornada con la humildad y mansedumbre que ostenta el divino Salvador en su entrada en Jerusalem, emblema de las virtudes que deben abrir á los verdaderos fieles las puertas del cielo.

Venid; opulentos del siglo, viciosos cercados del sacrilegio, de la injusticia y del crimen, ¿podréis formar parte ó aumentar las filas de tan solemne procesion? Los gustos, la sensualidad y los vicios que os devoran, ¿os parecen medios seguros de llegar triunfantes con Jesucristo á la celestial Jerusalem? ¡Dichosos los que imitándole, fueron mansos y humildes de corazon; mas ay de vosotros desdichados! En un solo momento y al primer golpe de vista, la muerte separando lo mal adquirido, las usuras, los robos, los sacrilegios, solo os dejará remordimientos atroces que devoran el corazon, precursores de la impenitencia final, que os arrastrará á los fuegos abrasadores del infierno: cuando el cristiano irreprochable, que lleno de bienes de fortuna, se deshace en lluvia de oro para consuelo de la humanidad, templa la sed y mata el hambre del pupilo, de la viuda y del huérfano; el pobre que sufre resignado los rigores de la miseria; el noble en fin y el plebeyo, todos los mortales, de cualquiera condicion y estado que sean, viviendo sinceramente de la fe, marchan con paso tranquilo y majestuoso hácia la eternidad, espiran con la bendicion de Dios y de los hombres, mue-

ren como el sol. Sí, solo el hombre de honor, el virtuoso, el justo, el que pasa la brevedad de la vida haciendo bien, se levanta rodeado de los ángeles, sobre vistosos grupos de nubes, entra con Jesús triunfante en la celestial Jerusalén, y recibe la corona inmarcesible de las virtudes que le adornaron sobre la tierra.

Todas las obras del Hombre-Dios son un claro testimonio de su amor y omnipotencia, cuando todos los seres de la creación explican á Dios, manifiestan á Dios, hablan de Dios, y no hay un árbol en la margen de un arroyo, una flor en los campos, un granito de arena en las orillas del mar, ni una estrella en el firmamento que no publique la gloria del Señor; pero nunca se manifestó mas amoroso y grande que en los últimos momentos de su preciosa vida, dignándose recibir los obsequios que los hebreos le tributaron como rey de Israel. Poco ántes habia rehusado este homenaje ocultándose de ellos, cuando penetrados de gratitud por la multiplicación de los panes y los peces en el desierto, quisieron hacerle rey, manifestándose de este modo, que su reino no era de este mundo; mas hoy se presenta en la ciudad de David, entra triunfante en Jerusalén, lleno de paz y mansedumbre, pues ha llegado la hora de manifestarse como libertador del pueblo; no con el terror de la fuerza y de la espada, sino adornado de las excelsas virtudes que allanan el camino que conduce á los fieles á la bienaventuranza.

Ea pues, católicos, ¿estáis dispuestos á completar el triunfo de Jesús, con la santidad y ejercicio de las costumbres cristianas? ¿Estáis dispuestos á dejar para siempre los caminos de la perdición? No hay conquista mas preciosa á los divinos ojos que la de los humildes y contritos corazones. ¡Ay de vosotros, si Jesucristo no entra primero en ellos! Hallaréis como las vírgenes fatuas, cerradas las puertas del Esposo divino; no marcharéis por los caminos de la vida eterna. Será posible? Ó dolor! ¿qué sentidos lamentos afligen los oídos piadosos! La tribulación y quebranto de la Iglesia, y la desolación y ruína de la patria convierten los cánticos de gozo en sentidos clamores que penetran el cielo; el santuario se llena de lúgubres lamentaciones, en desagravio de los ultrajes que se cometen en nuestros días contra la majestad de Dios. La esposa inmaculada del cordero yace cubierta de luto, rasgada y salpicada con sangre su túnica preciosa, despedazado su seno por los esfuerzos de la

impiedad, por el desenfreno de las costumbres de los que se dicen sus hijos, empeñados en desterrarla del suelo clásico de las virtudes. Embriagada con la amargura del ajeno á la vista del cuadro melancólico, sombrío y desolador que ofrece un estado de cosas é ideas, tan cruel que tiende á la perdición de las almas redimidas con la sangre de su divino Esposo, repite la sentida exclamación del Profeta: *Sálvame, Señor, porque las aguas han entrado hasta mi alma*, y sus fieles hijos responden: *¿cuándo querrá el Señor que salga la paloma del arca mística, y torne á nosotros con el ramo de oliva?* El Señor lo sabe, señores; á nosotros toca solo adorar los arcanos de la Providencia, que guiando la nave por entre las negras y furiosas olas del averno y del siglo, haciendo sentir á los pecadores el golpe y amargura de las aguas, á todos nos llama para conducirnos, dentro de ella, al suspirado puerto de la paz.

Este venturoso día tal vez no está lejos de nosotros, si todos los hombres de probidad y de saber, si todos los varones que no doblaron la rodilla ante el ídolo de Baal, uniendo sus esfuerzos al celo de los pastores, pelean con valor seguros de vencer, sin otras armas que la oración, el ejemplo y sana doctrina, que esparciendo en todas partes la fragancia de las virtudes, serán el terror de la impiedad y de los vicios que devoran la sociedad moderna; se hundirá en el abismo la multitud de libros y folletos inmorales; cesarán las horribles imprecaciones del blasfemo, y las conversiones aplacarán la ira de Dios, tan declarada contra los delitos de los hombres. Tal es el objeto de la solemne procesion que acabamos de hacer, tan alto el fin que nos ofrecen sus augustos misterios. Los ramos de oliva son el símbolo de la paz que nos dejó y nos promete el Señor; las palmas el emblema de la victoria contra el furor de los vicios y el desenfreno de las pasiones. Sin esta victoria no podrá entrar el divino Salvador en nuestros corazones por la comunión pasqual, sin hacernos reos de un castigo eterno. Si los que estando inmundos tocaban la carne muerta de los toros, eran castigados con pena de muerte por la ley de Moisés, ¿qué será de los pecadores que con un corazón inmundo tocan y profanan la carne viva é inmaculada de Jesús? exclama san Basilio. Si tenemos la vista sobre la conducta de muchos cristianos, ¿creerán estos que reciben á Jesucristo en la eucaristía? No es posible, porque si vieran que este singular favor estaba vinculado á un

corto número de fieles, sin duda creerian que estos estaban obligados á purificar sus corazones en la soledad y santidad posible á sus costumbres, para recibir en sus pechos á Jesucristo.

Luego los cristianos han perdido la fe; luego sus clamores y deseos no pasan de sus labios, semejantes á las aclamaciones de los judíos que le recibieron hoy con los ramos, para clavarle mañana en la Cruz; y son mil veces peores, porque le ultrajan y crucifican todas las veces que comulgando sacrílegamente, sin abandonar los vicios ni las ocasiones del pecado, colocan el cuerpo santísimo de Jesus en el local inmundo de su corazón; el Santo por excelencia queda horriblemente profanado, y cúbrese los cielos de luto, viendo el pan de los ángeles arrojado á los perros. ¿Qué mucho pues que tamaños ultrajes y delitos sean seguidos del escarnio, de la impiedad, de la disolución, de la proscripción del cristianismo? ¿Qué viene á ser en tal caso la procesion de ramos ó la mística entrada triunfal de Jesus en nuestros corazones? Lo mismo que la cruz, *necedad para unos y escándalo para otros* (1); pero no, católicos; apresurémonos á neutralizar los esfuerzos que hace el príncipe de las tinieblas para apagar la antorcha de nuestra fe.

Si los incrédulos se mofan de los santos misterios, los hijos fieles de la Iglesia los celebran con ternura, y el aniversario del triunfo de nuestro Salvador nos hace derramar lágrimas de alegría, tributando á su nombre, como los hijos de Judá, nuestras alabanzas y bendiciones. Si los enemigos de Jesus y de su santa Religion desprecian las augustas ceremonias de la Iglesia, madre divina y amorosa que los ha criado á sus pechos con la leche de su doctrina celestial; si á ingratitud tan monstruosa añaden la blasfemia del santo nombre del Señor, nosotros en desagravio de tantas ofensas y en señal de gratitud á tantos favores, digamos con los niños de los hebreos: *Hosana al hijo de David!* ¡Bendicion y loores al que viene en nombre del Señor para salvarnos! Hagamos á nuestro buen Jesus el obsequio de nuestro corazón, como á nuestro Dios y nuestro buen pastor; nosotros que somos su pueblo y ovejas de su rebaño, como hijos de la Iglesia santa, una, católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvacion, así como los que se hallaron fuera

(1) I. Cor. e. 1. v. 23.

del arca de Noé, figura de la Iglesia, todos perecieron en el diluvio universal.

Dios santo é inmortal! á vos se debe la gloria y el honor, la bendicion y alabanza, que os tributamos, solo porque derraméis sobre nuestras almas la compasion y la misericordia. Al entrar hoy con vos en Jerusalem, con ramos de oliva en las manos, os pedimos el triunfo de nuestros corazones: dignaos pues, para merecer tan singular favor, de purificarlos con la santidad de la vida y adornarlos con las virtudes de nuestros mayores, para que merezcan ser templos del Dios vivo. Cesen por nuestra parte, amados fieles, los escándalos del vicio y de la impiedad, y volverán los tiempos de nuestra prosperidad y gloria. Cumplamos el suave precepto del amor con la humildad y mansedumbre de Jesus, y ceñiremos la corona de la justicia en la celestial Jerusalem. Amen.